

El verdadero motivo del servicio

Este capítulo está basado en **Mateo 6:1-8** y **19:30**.

“Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos de ellos”.



Las palabras de Cristo en el monte fueron expresión de lo que había sido la enseñanza silenciosa de su vida pero que el pueblo no había llegado a comprender. Al ver que él tenía tanto poder, no podían explicarse por qué no lo empleaba para alcanzar lo que, según pensaban ellos, era el bien supremo. El espíritu, los motivos y los métodos que seguían eran opuestos a los de él. Aunque aseveraban defender con

minucioso celo el honor de la ley, lo que en verdad buscaban era la gloria personal y egoísta. Cristo quería enseñarles que la persona que se ama a sí misma quebranta la ley. { DMJ 69.1; MB.79.1 }

Sin embargo, los principios sostenidos por los fariseos han caracterizado a la humanidad en todos los siglos. El espíritu del farisaísmo es el espíritu de la naturaleza humana; y mientras el Salvador contrastaba su propio espíritu y sus métodos con los de los rabinos, enseñó algo que puede aplicarse igualmente a la gente de todas las épocas. { DMJ 69.2; MB.79.2 }

En los tiempos de Cristo los fariseos procuraban constantemente ganar el favor del cielo para disfrutar de prosperidad y honores mundanos, que para ellos constituían la recompensa de la virtud. Al mismo tiempo hacían alarde de sus actos de caridad para atraer la atención del público y ganar así renombre de santidad. { DMJ 69.3; MB.79.3 }

Jesús censuró esta ostentación, declarando que Dios no **70** reconoce un servicio tal, y que la adulación y admiración populares que ellos buscaban con tanta avidez eran la única recompensa que recibirían. { DMJ 69.4; MB.80.1 }

“Cuando tú des limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha, para que sea tu limosna en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público”. { DMJ 70.1; MB.80.2 }

Con estas palabras, Jesús no quiso enseñar que los actos benévolos deben guardarse siempre en secreto. El apóstol Pablo, inspirado por el Espíritu Santo, no ocultó el sacrificio personal de los generosos cristianos de Macedonia, sino que se refirió a la gracia que Cristo había manifestado en ellos, y así otros se sintieron movidos por el mismo espíritu. Escribió también a la iglesia de Corinto: **“Vuestro ejemplo ha estimulado a muchos”.**¹ { DMJ 70.2; MB.80.3 }



Las propias palabras de Cristo expresan claramente lo que quería decir, a saber, que en la realización de actos de caridad no se deben buscar las alabanzas ni los honores de los hombres. La piedad verdadera no impulsa a la ostentación. Los que desean palabras de alabanza y adulación, y las saborean como delicioso manjar, son meramente cristianos de nombre. { DMJ 70.3; MB.80.4 }

Por sus obras buenas, los seguidores de Cristo deben dar gloria, no a sí mismos, sino al que les ha dado gracia y poder para obrar. Toda obra buena se cumple solamente por el Espíritu Santo, y éste es dado para glorificar, no al que lo recibe, sino al Dador. Cuando la luz de Cristo brille en el alma, los labios pronunciarán alabanzas y agradecimiento a Dios. Nuestras oraciones, nuestro cumplimiento del deber, nuestra benevolencia, nuestro sacrificio personal, no serán el tema de nuestros pensamientos ni de nuestra conversación. Jesús será magnificado, el yo se esconderá y se verá que Cristo reina supremo en nuestra vida. { DMJ 70.4; MB.80.5 }

Hemos de dar sinceramente, mas no con el fin de alardear de nuestras buenas acciones, sino por amor y simpatía hacia los que sufren. La sinceridad del propósito y la bondad genuina del corazón son los motivos apreciados por el cielo. Dios considera más preciosa que el oro de Ofir el alma que lo ama sinceramente y de todo corazón. { DMJ 70.5; MB.81.1 } **71**

No hemos de pensar en el galardón, sino en el servicio; sin embargo, la bondad que se muestra en tal espíritu no dejará de tener recompensa. **“Tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público”**. Aunque es verdad que Dios mismo es el gran Galardón, que abarca todo lo demás, el alma lo recibe y se goza en él solamente en la medida en que se asemeja a él en carácter. Sólo podemos apreciar lo que es parecido a nosotros. Sólo cuando nos entregamos a Dios para que nos emplee en el servicio de la humanidad, nos hacemos partícipes de su gloria y carácter. {DMJ 71.1; MB.81.2 }

Nadie puede dejar que por su vida y su corazón fluya hacia los demás el río de bendiciones celestiales sin recibir para sí mismo una rica recompensa. Las laderas de los collados y los llanos no sufren porque por ellos corren ríos que se dirigen al mar. Lo que dan se les retribuye cien veces, porque el arroyo que pasa cantando deja tras sí regalos de vegetación y fertilidad. En sus orillas la hierba es más verde; los árboles, más lozanos; las flores, más abundantes. Cuando los campos se ven yermos y agostados por el calor abrasador del verano, la corriente del río se destaca por su línea de verdor, y el llano que facilitó el transporte de los tesoros de las montañas hasta el mar se viste de frescura y belleza, atestiguando así la recompensa que la gracia de Dios da a cuantos sirven de conductos para las bendiciones del cielo. { DMJ 71.2; MB.81.3 }

Tal es la bendición para quienes son misericordiosos con los pobres. El profeta Isaías dice: “¿No es que partas tu pan con el hambriento, y a los pobres errantes albergues en casa; que cuando veas al desnudo, lo cubras, y no te escondas de tu hermano? Entonces nacerá tu luz como el alba, y tu salvación se dejará ver pronto... Jehová te pastoreará siempre, y en las sequías saciará tu alma..., y serás como huerto de riego, y como manantial de aguas, cuyas aguas nunca faltan”.² { DMJ 71.3; MB.82.1 }



La obra de beneficencia es dos veces bendita. Mientras el que da a los menesterosos los beneficia, él mismo se beneficia en grado aún mayor. La gracia de Cristo en el alma desarrolla atributos del carácter que son opuestos al **72** egoísmo, atributos que han de refinar, ennoblecer y enriquecer la vida. Los actos de bondad hechos en secreto ligarán los corazones y los acercarán al corazón de Aquel de quien mana todo impulso generoso.

Las pequeñas atenciones y los actos insignificantes de amor y de sacrificio, que manan de la vida tan quedamente como la fragancia de una flor, constituyen una gran parte de las bendiciones y felicidades de la vida. Al fin se verá que la abnegación para bien y dicha de los demás, por humilde e inadvertida que sea en la tierra, se reconoce en el cielo como muestra de nuestra unión con el Rey de gloria, quien, siendo rico, se hizo pobre por nosotros. { DMJ 71.4; MB.82.2 }

Aunque los actos de bondad sean realizados en secreto, no se puede esconder su resultado sobre el carácter del que los realiza. Si trabajamos sin reserva como seguidores de Cristo, el corazón se unirá en estrecha simpatía con el de Dios, y su Espíritu, al influir sobre el nuestro, hará que el alma responda con armonías sagradas al toque divino. { DMJ 72.1; MB.83.1 }

El que multiplica los talentos de los que emplearon con prudencia los dones que les confió reconocerá con agrado el servicio de sus creyentes en el Amado, por cuya gracia y fuerza obraron. Los que procuraron desarrollar y perfeccionar un carácter cristiano por el ejercicio de sus facultades en obras buenas, segarán en el mundo venidero lo que aquí sembraron. La obra empezada en la tierra llegará a su consumación en aquella vida más elevada y más santa que perdurará por toda la eternidad. { DMJ 72.2; MB.83.2 }

“Y cuando ores, no seas como los hipócritas”.

Los fariseos tenían horas fijas para orar, y cuando, como sucedía a menudo, en el momento designado se encontraban ausentes de casa, fuese en la calle, en el mercado o entre las multitudes apesuradas, allí mismo se detenían y recitaban en alta voz sus oraciones formales.

Un culto tal, ofrecido simplemente para glorificación del yo, mereció la reprensión más severa de Jesús. Sin embargo, no desaprobó la oración pública; él mismo oraba con sus discípulos, y en presencia de la multitud. Lo que enseña es que la oración **73** acerca de la vida íntima no debe hacerse en público. En la devoción secreta nuestras oraciones no deben alcanzar sino el oído de Dios, que siempre las escucha. Ningún oído curioso debe asumir el peso de tales peticiones. {DMJ 72.3; MB.83.3 }



“Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento”. **Tengamos un lugar especial para la oración secreta.** Debemos escoger, como lo hizo Cristo, lugares selectos para comunicarnos con Dios. Muchas veces necesitamos apartarnos en algún lugar, aunque sea humilde, donde estemos a solas con Dios. { DMJ 73.1; MB.84.1 }

“Ora a tu Padre que está en secreto”. En el nombre de Jesús podemos llegar a la presencia de Dios con la confianza de un niño. No hace falta que algún hombre nos sirva de mediador. Por medio de Jesús, podemos abrir nuestro corazón a Dios como a quien nos conoce y nos ama. {DMJ 73.2; MB.84.2 }

En el lugar secreto de oración, donde ningún ojo puede ver ni oído oír sino únicamente Dios, podemos expresar nuestros deseos y anhelos más íntimos al Padre de compasión infinita; y en la tranquilidad y el silencio del alma, esa voz que jamás deja de responder al clamor de la necesidad humana, hablará a nuestro corazón. { DMJ 73.3; MB.84.3 }

“El Señor es muy misericordioso y compasivo”.³ Espera con amor infatigable para oír las confesiones de los desviados del buen camino y para aceptar su arrepentimiento. Busca en nosotros alguna expresión de gratitud, así como la madre busca una sonrisa de reconocimiento de su niño amado. Quiere que sepamos con cuánto fervor y ternura se conmueve su corazón por nosotros. Nos convida a llevar nuestras pruebas a su simpatía, nuestras penas a su amor, nuestras heridas a su poder curativo, nuestra debilidad a su fuerza, nuestro vacío a su plenitud. Jamás dejó frustrado al que se allegó a él. **“Los que miraron a él fueron alumbrados, y sus rostros no fueron avergonzados”.**⁴ { DMJ 73.4; MB.84.4 }

No será vana la petición de los que buscan a Dios en secreto, confiándole sus necesidades y pidiéndole ayuda. **“Tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público”.** Si nos asociamos diariamente con Cristo, sentiremos en nuestro derredor los poderes de un mundo invisible; y mirando a Cristo, nos asemejaremos a él. Contemplándolo, **74** seremos transformados. Nuestro carácter se suavizará, se refinará y ennoblecerá para el reino celestial. El resultado seguro de nuestra comunión con Dios será un aumento de piedad, pureza y celo.

Oraremos con inteligencia cada vez mayor. Estamos recibiendo una educación divina, la cual se revela en una vida diligente y fervorosa. { DMJ 73.5; MB.85.1 }



El alma que se vuelve a Dios en ferviente oración diaria para pedir ayuda, apoyo y poder, tendrá aspiraciones nobles, conceptos claros de la verdad y del deber, propósitos elevados, así como sed y hambre insaciable de justicia. Al mantenernos en relación con Dios, podremos derramar sobre las personas que nos rodean la luz, la paz y la serenidad que imperan en nuestro corazón. La fuerza obtenida al orar a Dios, sumada a los esfuerzos infatigables para acostumbrar la mente a ser más considerada y atenta, nos prepara para los deberes diarios, y preserva la paz del espíritu bajo todas las

circunstancias. { DMJ 74.1; MB.85.2 }

Si nos acercamos a Dios, él nos dará palabras para hablar por él y para alabar su nombre. Nos enseñará una melodía de la canción angelical, así como alabanzas de gratitud a nuestro Padre celestial. En todo acto de la vida se revelarán la luz y el amor del Salvador que mora en nosotros. Las dificultades exteriores no pueden afectar la vida que se vive por la fe en el Hijo de Dios. { DMJ 74.2; MB.85.3 }

“Y orando, no uséis vanas repeticiones, como los gentiles”.

Los paganos pensaban que sus oraciones tenían en sí méritos para expiar el pecado. Por lo tanto, cuanto más larga fuera la oración, mayor mérito tenía. Si por sus propios esfuerzos podían hacerse santos, tendrían entonces algo en que regocijarse y de lo cual hacer alarde. Esta idea de la oración resulta de la creencia en la expiación por el propio mérito en que se basa toda religión falsa. Los fariseos habían adoptado este concepto pagano de la oración, que existe todavía hasta entre los que profesan ser cristianos. La repetición de expresiones prescritas y formales mientras el corazón no siente la necesidad de Dios, es comparable con las **“vanas repeticiones”** de los gentiles. { DMJ 74.3; MB.86.1 } **75**

La oración no es expiación del pecado, y de por sí no tiene mérito ni virtud. Todas las palabras floridas que tengamos a nuestra disposición no equivalen a un solo deseo santo. Las oraciones más elocuentes son palabrería vana si no expresan los sentimientos sinceros del corazón. La oración que brota del corazón ferviente, que expresa con sencillez las necesidades del alma así como pediríamos un favor a un amigo terrenal esperando que lo hará, ésa es la oración de fe. Dios no quiere nuestras frases de simple ceremonia; pero el clamor inaudible de quien se siente quebrantado por la convicción de sus pecados y su debilidad llega al oído del Padre misericordioso. { DMJ 75.1; MB.86.2 }

“Cuando ayunéis, no seáis... como los hipócritas”.



El ayuno que la Palabra de Dios ordena es algo más que una formalidad. No consiste meramente en rechazar el alimento, vestirse de cilicio, o echarse cenizas sobre la cabeza. El que ayuna verdaderamente entristecido por el pecado no buscará la oportunidad de exhibirse. {DMJ 75.2; MB.87.1 }

El propósito del ayuno que Dios nos manda observar no es afligir el cuerpo a causa de los pecados del alma, sino ayudarnos a percibir el carácter grave del pecado, a humillar el corazón ante Dios y a recibir su gracia perdonadora. Mandó a Israel: **“Rasgad vuestro corazón, y no vuestros vestidos, y convertíos a Jehová vuestro Dios”.**⁵ { DMJ 75.3; MB.87.2 }

A nada conducirá el hacer penitencia ni el pensar que por nuestras propias obras mereceremos o compraremos una heredad con los santos. Cuando se le preguntó a Cristo: **“¿Qué debemos hacer para poner en práctica las obras de Dios?”**, él respondió: **“Esta es la obra de Dios, que creáis en el que él ha enviado”.**⁶ Arrepentirse es alejarse del yo y dirigirse a Cristo; y cuando recibamos a Cristo, para que por la fe él pueda vivir en nosotros, las obras buenas se manifestarán. { DMJ 75.4; MB.87.3 }

Dijo Jesús: “Pero tú, cuando ayunes, unge tu cabeza y lava tu rostro, para no mostrar a los hombres que ayunas, sino a tu Padre que está en secreto”. Todo lo que se hace para gloria de Dios tiene que hacerse con alegría, no **76** con tristeza o dolor. No hay nada lóbrego en la religión de Cristo. Si por su actitud de congoja los cristianos dan la impresión de haberse chasqueado en el Señor, presentan una concepción falsa de su carácter, y proporcionan argumentos a sus enemigos. Aunque de palabra llamen a Dios su Padre, su pesadumbre y tristeza los hace parecer huérfanos ante todo el mundo. { DMJ 75.5; MB.88.1 }

Cristo desea que su servicio parezca atractivo, como lo es en verdad. Revélense al Salvador compasivo los actos de abnegación y las pruebas secretas del corazón. Dejemos las cargas al pie de la cruz, y sigamos adelante regocijándonos en el amor del que primeramente nos amó. Los hombres no conocerán tal vez la obra que se hace secretamente entre el alma y Dios, pero se manifestará a todos el resultado de la actuación del Espíritu sobre el corazón, porque él, **“que ve en lo secreto, te recompensará en público”.** { DMJ 76.1; MB.88.2 }

“No os hagáis tesoros en la tierra”.

Los tesoros acumulados en la tierra no perduran: los ladrones entran y los roban; los arruinan el orín y la polilla; el incendio y la tempestad pueden barrer nuestros bienes. Y **“donde esté**

vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón". Lo que se atesora en el mundo absorberá la mente y excluirá aun las cosas del cielo. { DMJ 76.2; MB.88.3 }



El amor al dinero era la pasión dominante en la época de los judíos. La mundanalidad usurpaba en el alma el lugar de Dios y de la religión. Así ocurre ahora. La ambición avarienta de acumular riquezas tiene tal ensalmo sobre la vida, que termina por pervertir la nobleza y corromper toda consideración de los hombres para sus semejantes hasta ahogarlos en la perdición. La servidumbre bajo Satanás rebosa de cuidados, perplejidades

y trabajo agotador; los tesoros que los hombres acumulan en la tierra son tan sólo temporales. { DMJ 76.3; MB.88.4 }

Dijo Jesús: "Haced tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan. Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón". { DMJ 76.4; MB.89.1 } **77**

La instrucción que dio fue: "Haced tesoros en el cielo". Es de nuestro interés obtener los tesoros celestiales. Es lo único, de todo lo que poseemos, que sea verdaderamente nuestro. El tesoro acumulado en el cielo es imperecedero. Ni el fuego ni la inundación pueden destruirlo, ni ladrón robarlo, ni polilla ni orín corromperlo, porque Dios lo custodia. { DMJ 77.1; MB.89.2 }

Estos tesoros, que Cristo considera inestimables, son **"las riquezas de la gloria de su herencia en los santos"**. A los discípulos de Cristo se los llama sus joyas, su tesoro precioso y particular. Dice él: **"Como piedras de diadema serán enaltecidos en su tierra". "Haré más precioso que el oro fino al varón, y más que el oro de Ofir al hombre".**⁷ Cristo, el gran centro de quien se desprende toda gloria, considera a su pueblo purificado y perfeccionado como la recompensa de todas sus aflicciones, su humillación y su amor; lo estima como el complemento de su gloria. { DMJ 77.2; MB.89.3 }

Se nos permite unirnos con él en la gran obra de redención y participar con él de las riquezas que ganó por las aflicciones y la muerte. El apóstol Pablo escribió de esta manera a los cristianos tesalonicenses: **"¿Cuál es nuestra esperanza, o gozo, o corona de que me glorié? ¿No lo sois vosotros, delante de nuestro Señor Jesucristo, en su venida? Vosotros sois nuestra gloria y gozo"**.⁸ Tal es el tesoro por el cual Cristo nos manda trabajar. El carácter es la gran cosecha de la vida. Cada palabra y acto que mediante la gracia de Cristo encienda en algún alma el impulso de elevarse hacia el cielo, cada esfuerzo que tienda a la formación de un carácter como el de Cristo, equivale a acumular tesoros en los cielos. { DMJ 77.3; MB.89.4 }

Donde esté el tesoro, allí estará el corazón. Nos beneficiamos con cada esfuerzo que ejercemos en pro de los demás. El que da de su dinero o de su trabajo para la difusión del

Evangelio dedica su interés y sus oraciones a la obra y a las almas a las cuales alcanzará; sus afectos se dirigen hacia otros, y se ve estimulado para consagrarse más completamente a Dios, a fin de poder hacerles el mayor bien posible. { DMJ 77.4; MB.90.1 } **78**



En el día final, cuando desaparezcan las riquezas del mundo, el que haya guardado tesoros en el cielo verá lo que su vida ganó. Si hemos prestado atención a las palabras de Cristo, al congregarnos alrededor del gran trono blanco veremos almas que se habrán salvado como consecuencia de nuestro ministerio; sabremos que uno salvó a otros, y éstos, a otros aún. Esta muchedumbre, traída al puerto de descanso como fruto de nuestros esfuerzos, depositará sus coronas a los pies de Jesús y lo

alabará por los siglos interminables de la eternidad. **¡Con qué alegría verá el obrero de Cristo aquellos redimidos, participantes de la gloria del Redentor!** ¡Cuán precioso será el cielo para quienes hayan trabajado fielmente por la salvación de las almas! { DMJ 78.1; MB.90.2 }

“Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios”.⁹ { DMJ 78.2; MB.91.1 }

“Si tu ojo es bueno, todo tu cuerpo estará lleno de luz”.

Lo que el Señor señala en estas palabras es la sinceridad de propósito, la devoción indivisa a Dios. Si existe esta sinceridad de propósito, y no hay vacilación para percibir y obedecer la verdad a cualquier costo, se recibirá luz divina. La piedad verdadera comienza cuando cesa la transigencia con el pecado. Entonces la expresión del corazón será la del apóstol Pablo: **“Una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús”. “Aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo”.**¹⁰ { DMJ 78.3; MB.91.2 }

Cuando la vista está cegada por el amor propio, hay solamente oscuridad. “Pero si tu ojo es maligno, todo tu cuerpo estará en tinieblas”. Era ésta la oscuridad que envolvió a los judíos en obstinada incredulidad y los imposibilitó para comprender el carácter y la misión del que vino a salvarlos de sus pecados. { DMJ 78.4; MB.91.3 }

El ceder a la tentación empieza cuando se permite a la **79** mente vacilar y ser inconstante en la confianza en Dios. Si no decidimos entregarnos por completo a Dios, quedamos en tinieblas. Cuando hacemos cualquier reserva, abrimos la puerta por la cual Satanás puede entrar para

extraviarnos con sus tentaciones. El sabe que si puede oscurecer nuestra visión para que el ojo de la fe no vea a Dios, no tendremos protección contra el pecado. { DMJ 78.5; MB.92.1 }

El predominio de un deseo pecaminoso revela que el alma está engañada. Cada vez que se cede a dicho deseo se refuerza la aversión del alma contra Dios. Al seguir el sendero elegido por Satanás, nos vemos envueltos por las sombras del mal; cada paso nos lleva a tinieblas más densas y agrava la ceguera del corazón. { DMJ 79.1; MB.92.2 }

En el mundo espiritual rige la misma ley que en el natural. Quien more en tinieblas perderá al fin el sentido de la vista. Estará rodeado por una oscuridad más densa que la de medianoche, y no le puede traer luz el mediodía más brillante. **“Anda en tinieblas, y no sabe a dónde va, porque las tinieblas le han cegado los ojos”.**¹¹ Por abrigar el mal con persistencia, por despreciar con obstinación las súplicas del amor divino, el pecador pierde el amor a lo bueno, el deseo de Dios y aun la capacidad misma de recibir la luz del cielo. La invitación de la misericordia sigue rebosando amor, la luz brilla con tanto resplandor como cuando iluminó por vez primera el alma; pero la voz cae en oídos sordos; la luz, en ojos cegados. { DMJ 79.2; MB.92.3 }



Ninguna alma se encuentra desamparada definitivamente por Dios ni abandonada para seguir sus propios pasos, mientras haya esperanza de salvarla. **“Dios no se aparta del hombre, sino el hombre de Dios”.** Nuestro Padre celestial nos sigue con amonestaciones, súplicas y promesas de compasión hasta que las nuevas oportunidades y privilegios resultan totalmente inútiles. La responsabilidad es del pecador. Al resistir hoy al Espíritu de Dios, apareja el camino para la segunda oposición a la luz cuando venga con mayor poder. Así va de oposición en oposición, hasta que la luz no lo conmueve más, y él no responde ya de ninguna manera al Espíritu de Dios. Entonces aun la luz que **80** está en él se ha convertido en tinieblas. La verdad misma que conocía se ha pervertido de tal manera que intensifica la ceguera del alma. { DMJ 79.3; MB.93.1 }

“Ninguno puede servir a dos señores”.

Cristo no dice que el hombre no querrá servir a dos señores ni que no deberá servirlos, sino que no puede hacerlo. Los intereses de Dios y los de Mammón* no pueden armonizar en forma alguna. Donde la conciencia del cristiano le aconseja abstenerse, negarse a sí mismo, detenerse, allí mismo el hombre del mundo avanza para gratificar sus tendencias egoístas. A un lado de la línea divisoria se encuentra el abnegado seguidor de Cristo; al otro lado se halla el amante del mundo, dedicado a satisfacerse a sí mismo, siervo de la moda, embebido en

frivolidades, regodeándose con placeres prohibidos. A ese lado de la línea no puede pasar el cristiano. { DMJ 80.1; MB.93.2 }

Nadie puede ocupar una posición neutral; no existe una posición intermedia, en la que no se ame a Dios y tampoco se sirva al enemigo de la justicia. Cristo ha de vivir en sus agentes humanos, obrar por medio de sus facultades y actuar por sus habilidades. Ellos deben someter su voluntad a la de Cristo y obrar con su Espíritu. Entonces, ya no son ellos los que viven, sino que Cristo vive en ellos. Quien no se entrega por entero a Dios se ve gobernado por otro poder y escucha otra voz, cuyas sugerencias revisten un carácter completamente distinto.

El servicio a medias coloca al agente humano del lado del enemigo, como aliado eficaz de los ejércitos de las tinieblas. Cuando los que profesan ser soldados de Cristo se unen a la confederación de Satanás y colaboran con él, se revelan como enemigos de Cristo. Traicionan cometidos sagrados. Constituyen un eslabón entre Satanás y los soldados fieles; y por medio de dichos agentes el enemigo trabaja constantemente para seducir los corazones de los soldados de Cristo. { DMJ 80.2; MB.94.1 } **81**

El baluarte más fuerte del vicio en nuestro mundo no es la vida perversa del pecador abandonado ni del renegado envilecido; es la vida que en otros aspectos parece virtuosa y noble, pero en la cual se alberga un pecado, se consiente un vicio. Para el alma que lucha secretamente contra alguna tentación gigantesca, que tiembla al borde del precipicio, tal ejemplo es uno de los alicientes más poderosos para pecar. Aquel que, a pesar de estar dotado de un alto concepto de la vida, de la verdad y del honor, quebranta voluntariamente un solo precepto de la santa ley de Dios, pervierte sus nobles dones en señuelos del pecado. El genio, el talento, la simpatía y aun los actos generosos y amables pueden llegar a ser lazos de Satanás para arrastrar a otras almas hasta hacerlas caer en el precipicio de la ruina, para esta vida y para la venidera. { DMJ 81.1; MB.94.2 }

“No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo”. **12** { DMJ 81.2; MB.95.1 }

“No os afanéis por vuestra vida”.

Quien nos dio la vida sabe que nos hace falta el alimento para conservarla. El que creó el cuerpo no olvida nuestra necesidad de ropa. El que concedió la dádiva mayor ¿no otorgará también lo necesario para hacerla completa? { DMJ 81.3; MB.95.2 }

Jesús dirigió la atención de sus oyentes a las aves que modulaban sus alegres cantos, libres de congojas, porque, si bien **“no siembran, ni siegan”**, el gran Padre las provee de todo lo necesario. Luego preguntó: **“¿No valéis vosotros mucho más que ellas?”** { DMJ 81.4; MB.95.3 }



Las laderas de las colinas y los campos estaban esmaltados de flores. Señalándolos en la frescura del rocío matinal, Jesús dijo: **“Considerad los lirios del campo, cómo crecen”**. La habilidad humana puede copiar las formas graciosas y elegantes de las plantas y las flores; mas ¿qué toque puede dar vida siquiera a una florecilla o a una **82** brizna de hierba? Cada flor que abre sus pétalos a la vera del camino debe su existencia al mismo poder que colocó los mundos y estrellas en el cielo. Por toda la

creación se siente palpar la vida del gran corazón de Dios. Sus manos engalanan las flores del campo con atavíos más primorosos que cuantos hayan ornado jamás a los reyes terrenales. **“Y si la hierba del campo que hoy es, y mañana se echa en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más a vosotros, hombres de poca fe?”** { DMJ 81.5; MB.95.5 }

El que formó las flores y dio cantos a los pajarillos dice: “Considerad los lirios”. **“Mirad las aves del cielo”**. En la belleza de las cosas de la naturaleza podemos aprender acerca de la sabiduría divina más de lo que saben los eruditos. En los pétalos del lirio Dios escribió un mensaje para nosotros, en un idioma que el corazón puede leer sólo cuando desaprende las lecciones de desconfianza, egoísmo y congoja corrosiva. ¿Por qué nos dio él las aves canoras y las delicadas flores, si no por la superabundancia del amor paternal, para llenar de luz y alegría el sendero de nuestra vida? Sin las flores y los pájaros tendríamos todo lo necesario para vivir, pero Dios no se contentó con facilitar únicamente lo que bastaba para mantener la vida. Llenó la tierra, el aire y el cielo con vislumbres de belleza para expresarnos su amante solicitud por nosotros. La hermosura de todas las cosas creadas no es nada más que un reflejo del esplendor de su gloria. Si para contribuir a nuestra dicha y alegría prodigó tan infinita belleza en las cosas naturales, ¿podemos dudar de que nos dará toda bendición que necesitamos? { DMJ 82.1; MB.96.1 }

“Considerad los lirios”. Cada flor que abre sus pétalos al sol obedece las mismas grandes leyes que rigen las estrellas; y ¡cuán sencilla, dulce y hermosa es su vida! Por medio de las flores, Dios quiere llamarnos la atención a la belleza del carácter cristiano. El que dotó de tal belleza a las flores desea, muchísimo más, que el alma se vista con la hermosura del carácter de Cristo. {DMJ 82.2; MB.97.1 }

Considerad cómo crecen los lirios, dijo Cristo; cómo, al brotar del suelo frío y oscuro, o del fango en el cauce de un **83 río, las plantas se desarrollan bellas y fragantes.** ¿Quién imaginaría las posibilidades de belleza que se esconden en el bulbo áspero y oscuro del lirio? Pero cuando

la vida de Dios, oculta en su interior, se desarrolla en respuesta a su llamamiento mediante la lluvia y el sol, maravilla a los hombres por su visión de gracia y belleza. Así también se desarrollará la vida de Dios en toda alma humana que se entregue al ministerio de su gracia, la que tan gratuitamente como la lluvia y el sol llega con su bendición para todos. Es la palabra de Dios la que crea las flores; y la misma palabra producirá en nosotros las gracias de su Espíritu. {DMJ 82.3; MB.97.2 }



La ley de Dios es una ley de amor. El nos rodeó de hermosura para enseñarnos que no estamos en la tierra únicamente para mirar por nosotros mismos, para cavar y construir, para trabajar e hilar, sino para hacer la vida esplendorosa, alegre y bella por el amor de Cristo. Así como las flores, hemos de alegrar otras vidas con el ministerio del amor. { DMJ 83.1; MB.97.3 }

Padres, dejad a vuestros hijos que aprendan de las flores. Llevadlos al jardín, a la huerta, al campo, bajo los árboles frondosos, y enseñadles a leer en la naturaleza el mensaje del amor de Dios. Vinculad su recuerdo con el espectáculo de los pájaros, las flores y los árboles. Inducidlos a considerar en cada cosa agradable y hermosa una expresión del amor que Dios siente por ellos. Hacedles apreciar vuestra de la bondad. { DMJ 83.2; MB.97.4 }

Enseñad a los niños la lección de que mediante el gran amor de Dios su naturaleza puede transformarse y ponerse en armonía con la suya. Enseñadles que él quiere que sus vidas tengan la hermosura y la gracia de las flores. Mientras recogen las flores fragantes, hacedles saber que quien las creó es más bello que ellas. Así los zarcillos de sus corazones se aferrarán a él. El que es **“todo... codiciable”** llegará a ser para ellos un compañero constante y un amigo íntimo, y sus vidas se transformarán a la imagen de su pureza. { DMJ 83.3; MB.98.1 }

“Buscad primeramente el reino de Dios”.

Los oyentes de las palabras de Cristo seguían aguardando ansiosamente algún anuncio del reino terrenal. Mientras Jesús les ofrecía los tesoros del cielo, la pregunta que preocupaba a muchos era: ¿Cómo podrá mejorar nuestra perspectiva en el mundo una relación con él? Jesús les mostró que al hacer de las cosas mundanales su anhelo supremo, se parecían a las naciones paganas que los rodeaban, pues vivían como si no hubiera Dios que cuidase tiernamente a sus criaturas. { DMJ 84.1; MB.98.2 }

“Porque todas estas cosas buscan las gentes del mundo”,¹³ dice Jesús. “Vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas. Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas”. He venido para abriros el reino de

amor, de justicia y de paz. Abrid el corazón para recibir este reino, y dedicad a su servicio vuestro más alto interés. Aunque es un reino espiritual, no temáis que vuestras necesidades temporales sean desatendidas. Si os entregáis al servicio de Dios, el que es todopoderoso en el cielo y en la tierra proveerá todo cuanto necesitéis. { DMJ 84.2; MB.99.1 }



Cristo no nos exige de la necesidad de esforzarnos, pero nos enseña que en todo le hemos de dar a él el primer lugar, el último y el mejor. No debemos ocuparnos en ningún negocio ni buscar placer alguno que pueda impedir el desarrollo de su justicia en nuestro carácter y en nuestra vida. Cuanto hagamos debe hacerse sinceramente, como para el Señor. { DMJ

84.3; MB.99.2 }

Mientras vivió en la tierra, Jesús dignificó la vida en todos sus detalles al recordar a los hombres la gloria de Dios y someterlo todo a la voluntad de su Padre. Si seguimos su ejemplo, nos asegura que todas las cosas necesarias nos **“serán añadidas”**. Pobreza o riqueza, enfermedad o salud, simpleza o sabiduría, todo queda atendido en la promesa de su gracia. { DMJ 84.4; MB.99.3 }

El brazo eterno de Dios rodea al alma que, por débil que sea, se vuelve a él buscando ayuda.

Las cosas preciosas de los collados perecerán; pero el alma que vive para Dios **85** permanecerá con él. **“El mundo pasa, y sus deseos, pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre”**. La ciudad de Dios abrirá sus puertas de oro para recibir a aquel que durante su permanencia en la tierra aprendió a confiar en Dios para obtener dirección y sabiduría, consuelo y esperanza, en medio de las pérdidas y las penas. Los cantos de los ángeles le darán la bienvenida allá, y para él dará frutos el árbol de la vida. **“Los montes se moverán, y los collados temblarán, pero no se apartará de ti mi misericordia, ni el pacto de mi paz se quebrantará, dijo Jehová, el que tiene misericordia de ti”**.¹⁴ { DMJ 84.5; MB.99.4 }

“No os afanéis por el día de mañana... basta a cada día su propio mal”.

Si os habéis entregado a Dios, para hacer su obra—dice Jesús—, no os preocupéis por el día de mañana. Aquel a quien servís percibe el fin desde el principio. Lo que sucederá mañana, aunque esté oculto a vuestros ojos, es claro para el ojo del Omnipotente. { DMJ 85.1; MB.100.1 }

Cuando nosotros mismos nos encargamos de manejar las cosas que nos conciernen, confiando en nuestra propia sabiduría para salir airosos, asumimos una carga que él no nos ha dado, y tratamos de llevarla sin su ayuda. Nos imponemos la responsabilidad que pertenece a Dios y así

nos colocamos en su lugar. Con razón podemos entonces sentir ansiedad y esperar peligros y pérdidas, que seguramente nos sobrevendrán. Cuando creamos realmente que Dios nos ama y quiere ayudarnos, dejaremos de acongojarnos por el futuro. Confiaremos en Dios así como un niño confía en un padre amante. Entonces desaparecerán todos nuestros tormentos y dificultades; porque nuestra voluntad quedará absorbida por la voluntad de Dios. { DMJ 85.2; MB.100.2 }

Cristo no nos ha prometido ayuda para llevar hoy las cargas de mañana. Ha dicho: **“Bástate mi gracia”**; **15** pero su gracia se da diariamente, así como el maná en el desierto, para la necesidad cotidiana. Como los millares de Israel en su peregrinación, podemos hallar el pan celestial para la necesidad del día. { DMJ 85.3; MB.101.1 } **86**



Solamente un día es nuestro, y en él hemos de vivir para Dios. Por ese solo día, mediante el servicio consagrado, hemos de confiar en la mano de Cristo todos nuestros planes y propósitos, depositando en él todas las cuitas, porque él cuida de nosotros. **“Yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros, dice Jehová, pensamientos de paz, y no de mal, para daros el fin que esperáis”.** **“En descanso y en reposo seréis salvos; en quietud y en confianza será vuestra fortaleza”.** **16** { DMJ 86.1; MB.101.2 }

Si buscamos a Dios y nos convertimos cada día; si voluntariamente escogemos ser libres y felices en Dios; si con alegría en el corazón respondemos a su llamamiento y llevamos el yugo de Cristo—que es yugo de obediencia y de servicio—, todas nuestras murmuraciones serán acalladas, todas las dificultades se alejarán, y quedarán resueltos todos los problemas complejos que ahora nos acongojan. { DMJ 86.2; MB.101.3 }

DMJ - El Discurso Maestro de Jesucristo (1956)

El verdadero motivo del servicio

Este capítulo está basado en Mateo 6:1-8 y 19:30.

Ellen G White